



El amor del príncipe Hunahpú y la Tejedora

En lo más profundo de la selva, el reino de Mayan estaba formado por la maravillosa riqueza natural, vegetal y animal que sorprendía cada día a sus habitantes.

El príncipe Hunahpú, descendiente de los primeros hombres, luego de haber salido de caza había quedado asombrado con la belleza de una mujer maya, quien pertenecía al grupo de las tejedoras, por lo que su amor se volvió imposible ante los ojos de Xibalbá, un amor impuro, ajeno a toda casta o linaje era repugnante ante sus ojos, por lo que determinó que lo mejor era cobrar la vida de la bella mujer para causarle dolor al príncipe y por medio de éste, a sus hermanos, los dioses creadores.

Un día, el príncipe tuvo un sueño escalofriante, en el cual se encontraba solo bajo la penumbra, y un frío gélido y desolador se filtraba por sus huesos mientras una tenebrosa voz susurraba palabras inconcebibles. Era una sensación desvanecedora y abrumante, por lo que al despertar, de inmediato convocó la presencia del sacerdote de su pueblo.

El místico predijo que Xibalbá mataría a la mujer de la cual se había enamorado Hunahpú, por lo que el príncipe envió a su mejor guerrero en busca de su amada para llevarla sana y salva a sus brazos donde la tomaría por esposa.

El noble guerrero salió a cumplir su misión, pero en la negra oscuridad de la noche, unas manos asesinas lo despojaron de la vida y arrojaron su cuerpo a la espesura de la selva. Al enterarse de lo sucedido, el príncipe tomó su lanza y se dirigió al lugar donde habitaba la mujer.

Al llegar se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos, demostrándole que la amaba con todas sus fuerzas.

—Nunca me alejaré de tus brazos, pues sólo aquí me encuentro en paz, en tu regazo hallo aquella felicidad que siempre había añorado y sobre todo prometo que nunca te dejaré sola en la incertidumbre.

De repente, aquella escena fue interrumpida por una flecha que salió de las sombras y atravesó el pecho de la tejedora. Su cuerpo frágil y sin vida cayó, hundiéndose en las aguas del Lago Sagrado.

Hunahpú estaba embargado por un profundo dolor, la flecha no había atravesado sólo a su amada sino también su corazón, bañado en lágrimas, rogó a los dioses piedad y compasión. Fue tal su tristeza, que el corazón se le hizo pedazos y cayó agonizante al borde del Lago Sagrado sobre un charco de sangre.

Las Deidades lo escucharon con compasión y enviaron a la Señora de las Aguas y al Señor de los Pájaros. La Señora de las Aguas bajó y convirtió a la mujer en un hermoso loto, mientras que el señor de los Pájaros convirtió al príncipe en un pájaro cardenal.

Desde entonces, cuando aparece el alba, el pájaro canta en el lago a los cálices de los lotos.

Fragmento de *El amor del príncipe Hunahpú y la Tejedora*
de Adalberto Arango

Los pueblos prehispánicos convivieron con muchas aves, algunas eran su alimento, como los patos y guajolotes; otras eran domesticadas por su canto, como el loro; y algunas eran apreciadas por las plumas que usaban para sus tocados, como el quetzal.

Museo Amparo



f MuseoAmparo.Puebla

t MuseoAmparo

@ museoamparo

▶ museoamparo

www.museoamparo.com



Recorta las piezas del memorama para poder jugar con las aves del México antiguo.



Loro



Hocofaisán



Guajolote



Pato



Loro



Hocofaisán



Guajolote



Pato



Águila



Quetzal



Garza



Colibrí



Águila



Quetzal



Garza



Colibrí